



---

---

## CASO DE CONCIENCIA

---

¿Es lícito prestar un libro?

Y dirán Vds.:—¡Vaya una pregunta! ¡Bueno fuera que se pretendiese poner límites á mi derecho sobre el ejemplar que me ha costado mi dinero! Puedo archivarlo, tirarlo, desgarrarlo, ¿y no lo podré prestar? ¿Será el libro de diferente condición que el resto de mis bienes muebles? ¿Podré prestar mi impermeable, mi paraguas, hasta mi camisa, y no mi *Horacio*, ó mi *Shakespeare*, ó mis *Miserables*? ¿Prestaré el frac ó los pantalones, hechos á mi medida, y no el *Quijote*, que lo ha sido á la medida de todo el mundo? ¿Cabrá en lo posible que haga ó sufra el empréstito de un duro, que ¡ay! se consume con el uso, y no el de un libro, el cual, tratado con amor, nada pierde con ser usado?

Hay que desconfiar de la primera impresión. Esto, que parece así á primera vista, es, á la segunda, lo contrario. El que presta un libro no comete tan sólo pecado de imprudencia temeraria. Ese generoso prestamista (valga la paradoja) es viturable. En buenos principios de derecho,

su pretendida liberalidad, lejos de ser un acto lícito, constituye un abuso horrendo, con puntas de despojo y ribetes de contrabando.

Hecha la afirmación, pasemos á demostrarla, sin lo cual pudiera creerse que hablábamos en el Parlamento.

Tres doctrinas andan á la greña, disputándose la primacia, en lo que atañe al problema de la mal ó bien llamada propiedad literaria. La afirman unos, otros la niegan y algunos adoptan un término medio. Es la eterna trilogía de todas las cuestiones humanas: el *sí*, el *nó* y el *qué sé yo*.

Las ideas, dicen los segundos (no siempre se ha de empezar por los primeros), son, por naturaleza, inapropiables. Constituyen el común patrimonio moral de la humanidad. No están hechas para ser sustraídas al comercio de los hombres, sino para difundirse y propagarse entre ellos. Su reino es el del comunismo absoluto. No pierden ni sufren menoscabo, antes se perfeccionan y engrandecen con el goce en común. No caben en ninguna hacienda. El uso no las consume. A diferencia de los bienes materiales, sirven por igual y simultáneamente para todos, sin que el usufructo de cada uno merme ni estorbe al de los demás. Convertirlas en propiedad individual sería robar á la especie humana. Quien tal hiciera, procedería para con sus semejantes como aquel que encerrase en sus almacenes el aire atmosférico ó la luz del sol. De todo lo cual se infiere que no existe la propiedad intelectual.

Cada obra intelectual, dicen los primeros, es



una determinación una concreción de las ideas. Hay que distinguir en ella el fondo ideal de la forma original característica, de que lo ha revestido el autor. Aquél es, sin duda, inapropiable por naturaleza. ¿Quién puede pretender otra cosa? Nadie hace suyas las ideas, las cuales quedan íntegras, á disposición de todos, susceptibles, en su infinita fecundidad, de un infinito aprovechamiento. Pero la determinación concreta, la expresión individual, el sello personalísimo impuesto por el autor á su obra, ese le pertenece con pleno, indiscutible derecho; es su propiedad, más íntima, más legítima, más incuestionable que puede serlo la de los objetos exteriores; comparable tan sólo con el derecho que á todo hombre asiste sobre los miembros de su cuerpo ó las energías de su espíritu. Por algo es el plagio un despojo. ¡Tendría que ver que, porque el agricultor aproveche la fecundidad de la tierra, el ácido carbónico del aire, el calor de la atmósfera y la luz del cielo, se le disputase el derecho de propiedad sobre sus uvas, sus legumbres ó sus trigos! De todo lo cual se deduce que la propiedad intelectual ha de ser exclusiva, individual, perpetua y transmisible como otra propiedad cualquiera.

Si negáis todo derecho de propiedad al autor, dicen los últimos, le impedís el que se sustente con el fruto de su trabajo: servirá al altar y no vivirá del altar. Si hacéis de ese derecho una propiedad perdurable y transmisible sin limitación de tiempo, sustraéis eternamente la obra



del genio al libre comercio de los hombres. ¡Estaríamos medrados si, agotada la última edición, la posteridad no pudiera gozar de las bellezas del *D. Carlos*, de Schiller, ó del *Fausto*, de Goethe, por incuria ó mala voluntad, de los herederos! El producto intelectual es el resultado de una colaboración entre el individuo y la especie. En él se vinculan dos derechos: el del autor y el de la sociedad. Hay que dar á cada uno lo que es suyo. Hay que atender al individuo sin defraudar al todo. Pártase la diferencia. Goce el autor durante cierto tiempo del derecho exclusivo de publicación, con facultad de transmitirlo. Revierta luego ese derecho á todo el mundo. De esta suerte se armonizan los opuestos. El autor utiliza su trabajo. Las ideas no corren riesgo de caer en manos muertas, ni quedar sujetas á una especie de vinculación. Y *tutti contenti*.

Por algo ha dicho el Evangelio que los últimos son los primeros. Siendo la más ilógica, esa solución no podía menos de ser la legal. La historia es así. Dígase lo que se quiera, nunca procede por principios. Su lógica es la del fiel de la balanza. Adora el término medio. Entre el bien y el mal, lo mediano. Entre la convicción y el escepticismo, la creencia. Entre el amor y la repulsión, el matrimonio. Entre la luz y las tinieblas, la penumbra. Entre Dios y el demonio, la carne. Cuando la sociedad obra con lógica, es que está descentrada: no tardará en buscar el equilibrio. Por eso, desde que la revolución la sacó de su reposo indiferente, camina de acción

en reacción al rededor de su centro de gravedad, con un movimiento semejante al *va-y-ven* del péndulo. Reflexión recomendable á los radicalismos de todas castas, los cuales nunca deben soñar en un triunfo definitivo. Su reino no es de este mundo. Su única función eficaz consiste en pesar en uno de los dos platillos.

Ahrens ha dado la fórmula de este derecho exclusivo que pertenece por tiempo al autor sobre el fruto de su trabajo. Mientras el derecho dura, sólo al autor corresponde disponer ó consentir la reproducción de su obra en un número cualquiera de ejemplares. En esta facultad de multiplicación consiste su propiedad. Quien compra el ejemplar de un libro, no compra con él el derecho de reproducirlo. Versa el suyo sobre el ejemplar que ha adquirido, en concepto *de tal ejemplar*, esto es, como único. Lo usa, lo guarda, lo rompe, lo tira, lo quema; pero no le es lícito multiplicarlo, utilizar en él su infinito poder prolífico, hacer de ese ejemplar un original, padre de más ó menos numerosa descendencia. Si tal hace, incurre en delito y sufre castigo.

Ahora imagínense Vds. que un sugeto bien quisto entre las gentes y lleno de relaciones compra un libro y lo presta sucesivamente á diez, á veinte, á cien personas. ¿No equivale esto á haber multiplicado la obra en diez, en veinte ó en cien ejemplares? ¿No ejerce una liberalidad á costa ajena? ¿No da lo que no es suyo? ¿No defrauda al autor, si ya no en el importe de tantos ejemplares cuantas veces el suyo presta (que

fuera temerario suponer en todo el que lee un libro *de gorra* la resolución de comprarlo si *de gorra* no lo leyere), al menos en el de cierto número de ellos? ¿No burla á hurtadillas la voluntad del legislador é infringe solapadamente las leyes?

Conforme al sentido del texto legal, la relación que liga al comprador con el ejemplar que ha tomado en la librería es exclusiva, única, personalísima. Como los esposos en una misma carne, son el ejemplar y su amo dos seres en un mismo espíritu. El libro es para el que le ha comprado, para él solo. En rigor debiera tenerse por abusivo el dejarlo leer á la parienta y á la prole. Marido, mujer y cinco hijos: total siete ejemplares: eso es lo correcto. Si no tan inmoral, prestar un libro es tan abusivo legalmente hablando, como entregar á la legítima consorte en comodato. Es profanar la santidad del vínculo místico que une, según el derecho, al volumen con su dueño.

Ese vínculo no es, por fortuna, perpetuo. Apenas la exclusiva del autor ó de sus causahabientes caduca, rómpese el mágico talismán jurídico y el libro se convierte en prestable, sin pecado para su dueño. El *Shakespeare*, el *Horacio*, el *Quijote* á que antes aludía, se hallan en ese caso. Nos pertenecen con pleno derecho, como nuestra corbata ó nuestras botas. Pero quien prestare *Realidad*, de Galdós, ó *D.\* Berta*, de Alas, ó *El santo patrono*, de Mathew, tendrá que haberse las con su conciencia, que allá á sus solas, sobre todo de noche, le reprochará el pecado de matu-

tería literaria, perpetrada á mansalva y amparada por esa impunidad que engendra la escasez de aduanas, carabineros, puertas y vigilantes de consumos en la república de las letras. A bien que el prestamista defraudador suele llevar la penitencia en el pecado. Libro prestado, libro perdido: es una máxima de eterna verdad. Cuando menos, nunca volverá el volumen á manos de su dueño sin haber experimentado grave deterioro. «Castigo justo á la perversidad,» que diría, con mala gramática, cierto conocido hombre público.

¿Y qué decir, bajo tal respecto, de esos antros de abominación que se llaman *gabinetes de lectura*, donde una torpe especulación se lucra alquilando los frutos del ingenio ajeno? Por dicha, en España estamos casi del todo limpios de tal plaga, que no ha logrado apenas transponer las fronteras, como las transpusieron el trancazo, la dinamita, las vengadoras y el amílico. Apartemos la vista de esos horrores y concluyamos recomendándote, lector discreto, que nunca prestes libro alguno y que, cuando quiera que fueres á prestarlo solicitado, repliques en esta forma, llena de austera severidad:

—No puedo; es caso de conciencia.

Y aunque algún malicioso bellaco ponga en solfa tu catonismo, rememorando á destiempo los nobles escrúpulos de Micifuz y Zapirón, ten por cierto que, á la postre, has de agradecerme el consejo.

---



---

## REDENCIÓN

---

La muerte de Roberto fué una gloria para el infierno. Nunca el negro báratro abrió sus fauces más ávidamente para devorar un alma. Nunca alma más depravada se hundió en el abismo de las tinieblas perdurables. Espiritu satánico, azote de la humanidad, pasó por el mundo, funesto, impío, asolador, maldito, como una encarnación viviente del propio principio del mal.

\*  
\* \*

Aquel demonio había sido en la tierra idolatrado por un ángel. Suele el amor á veces complacerse en esos contrastes. Irene amó á Roberto con apasionada ternura. Prodigóle cuantos tesoros de cariño encerraba su corazón de mujer. Salvar al monstruo adorado, redimirle, regenerarle, fué la suprema, la única aspiración de su vida entera. Y cuando Roberto murió, aquella vida, ya sin objeto, extinguióse dulce y tristemente, como día sin sol ó llama sin combustible.

\*  
\* \*

El mensajero celeste, encargado de llevar á la mansión de la bienaventuranza las almas de los justos, tomó de la mano al alma de Irene y se elevó con ella en los espacios. Volando, volando cruzaron las grandes extensiones del vacío, bañados en el indeciso crepúsculo del éter, contemplando el vago pulular de los soles en la inmensidad, hasta transponer los límites de la creación, más allá del vasto y misterioso taller donde se elaboran los mundos. Y entonces se ostentaron ante los deslumbrados ojos del alma bienaventurada, las maravillas del paraíso, morada del bien sin mal, de la luz sin sombras, del placer sin dolor, del amor sin odio, de la belleza sin mancha, de la verdad sin yerro, del goce sin hastío, de la esperanza sin temor, de la virtud sin tentación, de la vida sin muerte, donde, entre coros de ángeles, arcángeles y serafines, contemplan los elegidos, con el deleite divino del éxtasis, el refulgente trono del Eterno. Mas ¡ay! en vano los ojos de Irene recorrieron la mansión celeste en busca de su Roberto. Su Roberto no estaba allí.

\*  
\* \*

Desasiéndose bruscamente de la mano que la conducía, el alma de Irene retrocedió en los umbrales de la gloria.

—No, exclamó dirigiéndose á su guía; no puedo entrar ahí. Llévame donde está el elegido de mi corazón. Tu Dios no me comprende si ha creído que yo podría gozar las eternas dichas, mientras el hombre á quien amé sufre los tormentos

eternos. Allí donde se halle mi amado, allí está mi paraíso: el lugar de donde él fuese excluído, ese será mi infierno. Recaba para mí de la misericordia del Omnipotente la condenación perdurable. Puedo ser útil en el infierno: suplícale en mi nombre que me exima del egoísmo de la gloria. Quiero participar del destino de mi amado, tomar para mí sus sufrimientos, confortarle en su aflicción, ser su amparo, su sostén y su consuelo por toda la eternidad. Si algún mérito he contraído á sus ojos, Dios, á fuer de justo, no puede negarme <sup>ese</sup> premio.

Y esto oído, el ángel, atónito y escandalizado, voló á participar al Señor la nueva inaudita de que un alma bienaventurada se negaba á entrar en el cielo.

\*  
\* \*

Gran perplejidad produjo en el ánimo del Eterno, el caso nunca visto. ¿Qué hacer? ¿Cómo resolver el conflicto? Llevar á Irene al cielo por fuerza era convertir en prisión la morada del perpetuo goce, transformar en pena la bienaventuranza, poner en la salvación la desdicha, introducir á un descontento entre los elegidos, mantener aherrojada en la gloria á un alma atormentada por la nostalgia del infierno. Acceder á su loca pretensión valía tanto como consentir que se condenara por amor y hacer del infierno la recompensa de la abnegación. Dar asilo en el paraíso al bien amado réprobo, equivalía á abdicar los fueros de la justicia infinita y á turbar, con la

presencia de un precito, la serenidad de los justos.

\*  
\* \*  
\*

Arduo era el problema, aun para la infinita sabiduría. El Creador determinó someterlo al dictamen de su consejo de Estado. Llamados á capítulo, los consejeros tomaron asiento á ambos lados de su divino presidente. Ni más ni menos que en las mundanales, había en aquella celeste asamblea, su derecha y su izquierda. Figuraban á la diestra del Padre los santos conservadores, los adoradores de la letra, los dogmáticos, los quemadores de herejes, San Agustín, Santo Tomás, el santo de Loyola, San Pedro Arbués y Torquemada. Formaban el lado izquierdo los santos radicales, los devotos del espíritu, los servidores de la piedad, San Francisco de Asís, San Vicente de Paul, el dulce Fenelón, algunos místicos y muchos mártires.

En tan heterogéneo concurso no es mucho que las opiniones estuviesen discordes. Tratóse el asunto á fondo. Tomaron parte los conservadores por la condenación; los radicales por la salvación de los dos amantes. De uno y otro lado se adujeron razones de peso. Hízose valer por los primeros el respeto de la ley, la autoridad de los precedentes, la santidad de la cosa juzgada, la imposibilidad de que nadie vuelva á pasar aquella puerta en cuyo dintel está escrito que hay que dejar toda esperanza, el escándalo de confundir en el cielo á buenos y á malos, á santos

y á reprobos, los riesgos de la impunidad, el peligro de que el infierno se quedase desalquilado. Alegóse por los segundos el absurdo de que la abnegación incurriese en pena, la contradicción que resultaría de hacer para un alma infierno de la gloria, el poder santificante del amor, la necesidad de ensanchar el paraíso. A las razones sucedieron luego los apóstrofes, al debate reposado la agria disputa, á los argumentos las reticencias, las personalidades ofensivas, las alusiones mortificantes, de tal suerte que los santos consejeros á poco vienen á las manos. Tan grande fué el tumulto que es fama que el Señor tuvo que cubrirse para levantar la sesión, quedando de sus resultas en la situación en que suele quedar todo el que demanda consejo; es decir, más dudoso que antes.

\*  
\* \*

De la lucha que en el Eterno Espíritu libraron después la justicia y la misericordia, sólo se conoce el resultado. Tras larga reflexión, llamó Dios á uno de sus alados mensajeros y dióle una orden al oído. Y á poco vióse avanzar por el Empíreo, risueña, gozosa, triunfante, el alma de Irene, guiando el alma redimida de su amado por los caminos de la gloria.

De entonces data la gran revolución del cielo. La caridad promulgó la ley de gracia. El amor había para siempre vencido á la ortodoxia.

---



---

## PESADILLA

---

Soñé que se moría mi pequeña.

Para poner en autos al lector, hace falta insertar aquí una nota que le informe de varias cosas que no le importan. Es el caso que yo tengo una hija altita, morenita y muy graciosa, según mi opinión imparcial. Rotos por la muerte todos los otros vínculos que me unían á la vida, esta sola criatura se encarga de prolongar lo que yo llamaría románticamente mi cautiverio. Ella constituye todo el *debe* y todo el *haber* de mi vida, si es lícito, para seguir la corriente positiva que nos arrastra, aplicar la tecnología de la partida doble á las cosas del corazón. Sin ella, ¿quién sabe si no hubiera presentado ya á estas horas al Hacedor Supremo la dimisión de mi cargo? Yo no soy ningún Pasquín ni ningún Moret de la existencia.

Soñé, pues, que mi chica se moría. No había remedio. Tres médicos habían acudido á ayudarla, si no á bien morir, al menos á morir de fijo. Celebróse consulta. El jurado facultativo dictó

veredicto de culpabilidad. La acusada había perpetrado lo que llamó nuestro gran clásico «el delito de nacer.» Estaba condenada á muerte. El médico de cabecera fue encargado de notificarme la sentencia. La enferma no pasaría de la noche.

Y me dejaron solo. ¡Qué terribles horas de angustia! ¿Quién podría describirlas? El mal triunfante; la catástrofe irremediable. El despecho de la propia impotencia. La protesta estéril contra la ciega brutalidad que nos aplasta. El horror de la eterna separación inminente. La vana apelación á una justicia sorda. La esperanza agonizando lentamente á manos de la desesperación. La ansiosa é incierta expectativa del milagro. El estertor que se exhala del pecho del ser amado y resuena en la estancia, y crece y se extiende y ocupa los espacios y llena el mundo. ¿Qué poder extraño, qué fuerza incontrastable es la que nos liga á la existencia haciéndonos sobrevivir á semejantes dolores?

Alboreaba apenas cuando la muerte, puntual á la cita del protomedicato, se personó en el aposento. Venía vestida tan ligeramente como quien tiene poco que tapar, y su diestra empuñaba la guadaña consabida. ¿Qué le dije, ó más bien, qué fué lo que no le dije para disuadirla de su empeño? Súplicas, gemidos, amenazas, clamores de ira, supremas invocaciones á la piedad, cuanto sugiere al mísero ser humano la lucha estéril, con un destino inexorable. Ante el espectáculo de desesperación tamaña, la muerte misma se sintió un momento conmovida. Algo como una

fosforescencia de conmiseración alumbró sus órbitas huecas; su pecho sin entrañas pareció agitado por la convulsión de un sollozo, y extendido el descarnado brazo hacia la pared contigua al lecho en donde mi pobre hija agonizaba, con voz de timbre cascado y seco como de osamentas removidas, prorrumpió en esta sola palabra:

—¡Mira!

Y entonces ví una cosa extraña. Sobre la blanca pared de la alcoba, sumida en misteriosa semi-oscuridad, se fueron dibujando con vagos y difusos contornos las escenas del porvenir. Ante la abjuración de la muerte, el destino revelaba sus misterios. El futuro condescendía por aquella vez en hacerse presente y en anticipar á un mortal los arcanos que guarda escondidos en sus senos insondables.

Primero fué un cuadro de desolación. Yo muerto; mi hija llorosa, huérfana, desamparada. El duelo y el abandono. La execrable mezcla de la miseria con el dolor. La congojosa, la horrible lucha por la vida de los desarmados y los indefensos. La tentación omnipotente; la virtud trocada en heroísmo. El pan de la piedad; el recuerdo amargo del hogar perdido. Todo el infierno de sinsabores, de amarguras, de humillaciones que llevan consigo, como cortejo inseparable, el abandono y la indigencia.

Un fulgor celeste iluminó luego la escena. Era el amor, la suprema ilusión de la vida, el amor casto, honrado, que crea la familia y forma el nido. Era la maternidad, el gran suceso que com-

plementa la existencia. Aquello fué un relámpago. El hermoso sueño se desvaneció pronto entre las pequeñeces, las minucias, los contratiempos mezquinos, las preocupaciones sórdidas de la lucha diaria. La esposa lloraba la indiferencia y el desvío. La madre agonizaba al lado de la cuna en que morían sus hijos. A poco, junto á otro lecho de muerte, lloraba la viudez como una segunda orfandad.

Después era una anciana de cuello descarnado, manos temblonas y andar vacilante, una pobre decrepita, desecho de la vida, olvidado por la muerte. El llanto había secado sus ojos. Todos los dolores parecían haber dejado estampado su sello indeleble en aquella piel de pergamino. Su talle se encorvaba como en deseo inconsciente de la tumba. Y ¡cosa horrible! las facciones de aquella momia semoviente guardaban aún con las de mi hija una vaga y remota semejanza.

¿Qué significaban aquellas extrañas visiones? ¿Era que la muerte me daba á elegir? ¿Había consentido por una vez el inflexible destino en someterse al arbitrio de las humanas veleidades? ¿Se me hacía dueño, en nombre de mi hija agonizante, del ser y el no ser? ¿Quería la muerte calumniar á la vida? ¿Ó deseaba tan sólo sincerarse, haciendo ver todo lo que hay de piadoso en el fondo de sus aparentes crueldades?

No lo sé. Confundido, aterrado por aquel programa de una vida que no ofrecía, sin embargo, á mis ojos, sino los contratiempos y dolores de una existencia ordinaria, me sentí poseído de

improvisó por un profundo sentimiento de dolorosa resignación. Comprendí que la reflexión demandaba de mí el sacrificio del instinto. Y volviéndome hacia la parca, con abatido ademán, díjele en voz apenas perceptible:

Sea.

Ella, como si sólo aguardara mi permiso, alzó al punto la terrible guadaña, dispuesta á segar en flor una existencia.

Y entonces, es claro, desperté. Llamé á mi hija y la abracé sollozando.





---

## MEDITACIÓN TAURÓMACA

---

El que esto escribe ignora absolutamente qué cosa sea un toro zaino, bragado, meleno, berrendo, corniveleto ó botinero. No sabe distinguir entre una estocada larga, caída, atravesada, pasada, tendenciosa y contraria. Los pases de telón le suenan á cosa de teatro, y no conoce otras verónicas que la del Calvario. A sus ojos profanos tanto monta un bajonazo como un intento de descabello, y lo mismo vale un volapié que una estocada recibiendo. Apenas si, por razón natural, se le alcanza lo que pueda ser un bicho tardo, cornalón, marrajo, retinto, de muchos pies, de mnchas libras ó vizco del izquierdo. Con lo cual dicho se está que cuanto el infrascrito se permita afirmar acerca de la llamada fiesta nacional carece enteramente de aquella autoridad que sólo da la competencia.

En esto de hablar de lo que no se entiende pudiera el que suscribe autorizarse con numerosos y respetables precedentes. Dejémoslos á un lado, y baste á disculpar su audacia una sola consideración. Aunque el mirón que contempla una par-

tida de ajedrez puede ser un chambón completo, comparado con los que la juegan, suele ver jugadas que á los interesados se ocultan. De igual suerte el buen sentido descubre á veces en las cosas más recónditas puntos de vista nuevos que un hábito del pensamiento, transformado en prejuicio, impide hallar á los iniciados. En esto cabalmente estriba la superioridad indiscutible del sano sentido común sobre todos los doctrinarios.

Si provistos de ese arma potente de crítica penetramos en el circo taurino, á poco que echemos sobre el ruedo, como diría Castelar académico, los ojos del juicio, saltará á ellos una singular antinomia. Dos elementos constituyen aquel espectáculo, y son, por su orden, el animal y el humano. Analizando la manera cómo uno y otro proceden en el desarrollo del drama taurino, nos hallamos sorprendidos por la más extraña paradoja. Allí, si se exceptúa los caballos, nadie tiene razón más que el toro. El animal se conduce casi como un hombre; el hombre... casi como lo contrario. La gran festividad nacional es en el fondo el Waterlloo de la razón y el Austerlitz del instinto.

Fiero, pujante, confiado en su valor y en sus fuerzas, previamente irritado por mezquinos procederes, sale el toro al redondel, rebosando hermosa arrogancia. Detiénese un punto á contemplar con extrañeza la muchedumbre gárrula y aulladora. Arremete contra el trapo que, á guisa de provocación, se le ofrece. Lastimado por la

pica, conforme á las inspiraciones de su carácter *personal*, huye del riesgo ó se crece al castigo. Brama de dolor ó de cólera. Se agita y sacude para librarse de la punzada del rehilete. Escarba el suelo en ademán de desafío. Cansado de un combate estéril, busca el chiquero y, cuando puede, salta la barrera. Hasta el último instante, obedeciendo las prescripciones de la ley natural, defiende su vida leal, valerosa, noblemente. Acribillado de heridas, rendido por la fatiga, atravesado á traición por un estoque invisible, acorralado por los mismos que hace pocos minutos huían de su pujanza, ríndese al fin y cae para entregar el valiente espíritu al golpe alevoso del cachete.

Pues ¿y el caballo? Modelo de fidelidad, gran sufridor de trabajos, allí va donde al hombre place llevarle. Su actitud en la plaza es el resultado del terrible combate que libran, en su alma de animal, la lealtad y el instinto. A palos se le conduce al peligro. Para que ante él no retroceda, se le venda un ojo. Y ensangrentado, vaciado de sus entrañas, destrozando con las patas sus propios intestinos, reducido á la condición de un esqueleto que viviera por milagro, todavía sostiene á su dueño, le lleva al peligro y vuelve en busca de la muerte. Pero no hay que calumniar á la especie. Ni el más apasionado detractor de la raza caballar osará sostener que haya existido jamás un penco bastante insensato para ir á la lidia por su gusto, siquiera su fantasía de bestia pudiera ofrecerle, como premio de su hazaña, el más

abundoso, nutritivo y succulento de los piensos.

¡Oh pequeñez de la grandeza humana! El hombre, tan sólo se hace, en el circo taurino, merecedor de tal reproche. ¿Por qué aquellos guapos mancebos se visten de máscara y acuden presurosos á dar á la fiera burlada el timo del capeo? ¿Por qué van á buscar, llenos de ardor, un peligro del que huyen á poco atropelladamente, con pérdida de la taleguilla? ¿Por qué aquellos hombres pesados, con piernas de hierro y un rueda en la cabeza, cabalgan lanza en ristre sobre espectros de Rocinante para convertir en carnicería el morrillo de la fiera, á cambio de caer pesadamente ante sus astas, con la agilidad y gallardía que pudiera emplear en el mismo ejercicio un saco de patatas? ¿Por qué aquel galán cita al toro, llama su atención, le cautiva, le atrae, retirándose satisfecho cuando ha logrado colocarle uno de sus dos palillos un poco delante del rabo? ¿Por qué ese ilustre maestro, tras brindar como un obsequio la muerte de la fiera, se adelanta á ella con bizarría, armada la diestra del estoque bruticida, provista la siniestra del rojo trapillo, y después de diez redondos, veinte de telón, treinta de pecho y cuarenta y cinco cambios, pincha siete veces en hueso, da una estocada tendenciosa, dos pasadas, tres caídas, cuatro atravesadas, recibe cinco avisos de la presidencia y acaba su faena, entre palmas y tabacos, con un magnífico volapié en los propios rubios? A menos que no sea el toro quien acabe cogiendo enganchado, embroquelado, entablerado y mandando á

la enfermería ó la eternidad al diestro transformado en torpe.

A todas estas preguntas los artífices del toreo tienen aparejada una respuesta perentoria. Lo hacen para vivir. Tal es su oficio. O como decía gráficamente el malogrado Espartero: se exponen á las *cornás* de los toros para evitar las del hambre. ¡Razón de peso! Ciertamente es de lamentar que todas esas bravas gentes no alcancen á ganar su vida en profesiones más sedentarias. Pero pues ello es así, no sería yo quien les aconsejara que cambiasen la montera por el birrete, el traje de alamares por la muceta doctoral, el estoque por la pluma ó las banderillas por el microscopio para meterse á maestros, artistas, literatos ó sabios. ¡No en mis días! Sólo podría darles tal consejo quien fuera bastante rico para poder mañana recoger y amparar á sus huérfanos.

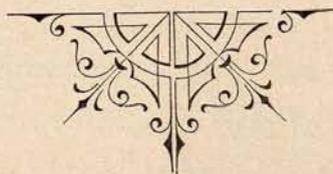
¡Lástima que esta exculpación del torero se convierta en inculpación para el respetable público! Si aquél peca por la paga, éste paga por pecar. Pero ¡se divierte tanto! ¿Quién no se representa en el tendido al aficionado de raza? Ebrio de ruido, de sol, de sangre, ya que no de vino; congestionada la faz, chispeantes los ojos, la voz enronquecida, depuesto todo respeto divino y humano, increpando al toro, al caballo, al picador, al banderillero, al espada, al presidente, al Padre Eterno; agotando á pleno pulmón el vocabulario rufianesco, furioso cuando no hay más caballos que despanzurrar ó cuando algún torero

comete la inverecundia de querer salvar el pellejo; imperioso, arrogante, insolente, procaz; reclamando la suma de sangre y vidas que ha pagado con su dinero, verdadera encarnación del digno y austero ciudadano de un pueblo libre.

Y presidiendo esa cátedra práctica de buenas costumbres, plácida y serena sobre aquel mar encrespado de pasiones, como la luna sobre las tormentosas nubes, la paternal autoridad vela porque aquellas matanzas se practiquen según las reglas, no sin recibir del concurso admoniciones severas y censuras inenarrables. En el circo taurino no rige el Código penal. La autoridad que suele responder con sablazos á las protestas y con tiros á los dicterios, depone su dignidad en los umbrales del santuario para recogerla á la salida. Como el esclavo antiguo, encorvado todo el año bajo el yugo, gozaba el día de las Saturnales el derecho de hombrearse con su dueño, así el súbdito español puede en la plaza poner de oro y azul á los representantes de esa autoridad que, fuera del sagrado recinto, acostumbra á ponerle verde. Es la única de las franquicias tradicionales que se conserva en España.

¡Misterios de la expiación! ¡Decretos insondables del hado! ¡Incomprensibles vías de la Providencia! Dos siglos van á cumplirse desde el día venturoso en que nuestros vecinos nos hicieron el valioso presente de una dinastía. Hoy nosotros, en justa compensación, les inoculamos los toros. Nuestra fiesta nacional trae á mal, traer á la famosa República «una é indivisible.» Por ella

vemos renovarse en nuestros días la vieja rivalidad entre la lengua de *oc* y la lengua de *aiz*. Ella consumará acaso en Francia la empresa federalista en que fracasó la Gironda. Mas, aunque así fuese, lícito es dudar que los toros hagan perder á la nación vecina tantas tierras y lleven allí tanta cola, como tierras nos hizo á nosotros perder y cola nos trajo la importación en España del nieto de Luis XIV.





---

## ¡POBRES MADRES!

---

Muy culpables son, sin duda, esas madres que en Zaragoza han pretendido realizar una manifestación de protesta contra el envío de nuevas tropas á Cuba. Como tales al menos las juzgan los Cincinatos de la prensa. Es de oír con cuánta severidad se les reprocha su flaqueza. Quién las tacha de carencia de patriotismo, quién les echa en rostro la memoria de heroísmos que fueron, y aún no faltan, sino que sobran, patriotas avizores que vislumbren á través de esa actitud las negras tramas del laborantismo y adivinen, tras el disfraz maternal, la oreja filibustera.

A no temer vernos incluídos en el mismo anatema y tachados de laborantes, filibusteros y antiespañoles, de buen grado pediríamos nosotros un poco de piedad y de indulgencia para esas pobres mujeres. ¡Es tan disculpable su culpa! La maternidad es un instinto; la pátria es una idea. Sin patriotismo aún pueden vivir las sociedades; sin madres se extinguiría la especie. Fruto del amor, complemento de la existencia individual, aguardado con ansiosa ternura, llevado largo tiempo en las entrañas, amado antes de venir al

mundo, parido con dolor, criado en el propio regazo, sustentado con la propia sangre, idolatrado por todas las inquietudes, por todos los afanes, por todas las penas que cuesta, es el hijo para su madre algo más querido que el propio ser, desdoblamiento de la propia personalidad, en el cual, obedeciendo sin comprenderlos los misteriosos designios de la vida, el egoísmo del progenitor se depura y ennoblece hasta rebasar los límites de la abnegación más sublime. No; no necesitan las madres de las excitaciones del laborantismo, no han menester estar vendidas al oro filibustero para indignarse cuando les arrebatan sus hijos.

El imperio de una necesidad inexorable puede á veces obligar al hombre á sofocar en sí ó en los demás el instinto natural. No discutimos ahora esa necesidad ni analizamos el estado que ella supone en la pretendida civilización que la engendra. Un día será en que tal civilización merezca el nombre de barbarie. Entre tanto guardémonos todos de profanar ese gran sentimiento, amor de amores, fuente de vida, escuela del sacrificio, santuario de los más puros efectos de que es capaz el alma humana, vínculo de ternura que liga unas con otras á las generaciones, don precioso que hace posible la existencia de la humanidad. Renegar de él es impiedad y blasfemia. Más profundo respeto que los dioses de la tradición han de merecer de nosotros las eternas leyes de la vida. Para enaltecer á la patria no encuentra nuestra retórica mayor encarecimiento que el

de compararla con la madre. ¡Y qué diferencia la que existe, qué distancia la que media entre esa madre colectiva, estática y helada de la historia, y la madre de la naturaleza entrañable, palpitante, viva, solícita, toda ella ternura y amor!

Cuando la humanidad encuentre al fin su religión, cuando la razón alce sus templos y al culto de los muertos dioses de lo pasado sustituya el de la realidad perdurable, la gratitud de los hombres consagrará devoción preferente para ese amor maternal al que se debe la subsistencia del linaje humano; amor tan alto, sentimiento tan hondo que el propio misticismo, en medio de su delirante menosprecio hacia la naturaleza y sus leyes, no supo ni pudo proscribirle, antes le deificó y le puso en los altares, encarnado en la sublime representación de aquella madre dolorosa que, llorando al pié de la cruz, ha venido apareciendo á los ojos de las generaciones cristianas como una figura más tierna, más interesante, más conmovedora todavía, en su congoja puramente espiritual, que la figura del propio mártir crucificado.

Cierto es que, enfrente de la maternidad dolorida, nos ofrece en ocasiones la historia, el ejemplo, más admirable que sugestivo, de la maternidad impasible. La antigüedad engendró alguno de esos modelos de bárbaro heroísmo cuya anti-pática grandeza suspende el ánimo y deja yerto el corazón. Esa fría heroicidad es, á la cuenta, la que reclaman de las mujeres españolas cuantos censuran el acto de las zaragozanas. Estos políti-

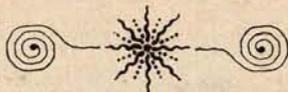
cos lacedemonios requieren madres espartanas. No es á la verdad muy lógico exigir de todas las mujeres el heroísmo que ha sido asombro en algunas. Pero pues los momentos son tan críticos, las circunstancias tan extremas, que imponen á todos el sacrificio, en las aras de la patria, de los más caros afectos del alma, calle el amor maternal, enmudezca el instinto, decretemos el heroísmo como la Convención decretaba la victoria, y vamos todos á la voluntaria inmolación.

Pero todos, entiéndase bien. Sería inicuo, sería monstruoso que, donde se exige á la madre que ahogue en sus entrañas el sollozo de la maternidad, hubiese hombres que rehusaran el holocausto de su vida, brazos que negaran á la patria su concurso, ricos que conservaran su hacienda. Donde la madre dé el hijo, todos debemos darlo todo. Por mucho que hagamos, nunca será nuestro sacrificio equivalente al suyo. Armense todos los brazos en defensa de la patria, renuncien los privilegiados al privilegio de la redención, nieguense los tenedores de la deuda pública al percibo de sus haberes, aporte cada cual al acervo común su fortuna privada, vayan á la manigua los grandes patriotas de la lengua y de la pluma á transformar en patriotismo práctico su hasta el presente teórico y lírico patriotismo, y entonces, pero sólo entonces, estaremos autorizados para exigir de las madres el más grande de los humanos sacrificios.

Mientras esto no sea, ¿á nombre de qué se osa censurar á las madres que resisten separarse de

sus hijos? Suponiendo que la conducta de esas pobres mujeres fuese merecedora de crítica, ¡cuántas cosas hay que deberían merecerla con preferencia! ¿Se tildará de antipatriotas á las madres aragonesas y no á las familias que redimen á sus hijos por dinero? ¿Se atribuirá á las tramas del filibusterismo la conducta de esas madres que quieren guardar á sus hijos, y no la de los opulentos que se obstinan en guardar sus riquezas? ¿Será el heroísmo deber exclusivo de la maternidad? ¿Pondremos de un lado todas las abnegaciones y de otro todos los egoismos? ¿Tendremos un peso y una medida para juzgar á las madres de Zaragoza y otra medida y otro peso para aquilatar el patriotismo de los ordenados *in sacris* ó la abnegación de los patronos de la Traslántica?

Gran cosa es la patria, pero importa que, al sacrificarnos por ella, estemos todos ciertos de que no nos sacrificamos á una palabra ni nos inmolamos al egoísmo ajeno. Se ha dicho por alguien que el mayor enemigo del amor es la costumbre; también pudiera decirse que el más grande enemigo del patriotismo es la injusticia.





---

## ¿MANIQUEOS?

---

Leyendo la pálida y anodina descripción que hace Pereda en su *Pachín González* de la tremenda catástrofe de Santander, no es lo primero que salta á los ojos el contraste entre aquellas páginas de trivial corrección y los relámpagos geniales que tal asunto hubiera inspirado á un Víctor Hugo, ó las maravillas descriptivas con que le habría exornado un Zola. Lo que verdaderamente asombra es que el autor haya encontrado en su tema ocasión para hablarnos de las piedades celestes y encarecer las excelencias del gobierno providencial del mundo. Cuando, tras relatar los desastres de la espantosa explosión, el pío narrador nos asegura que la misericordia de Dios impidió que el incendio subsiguiente devorase en breves horas la ciudad entera, nos quedamos como aquel personaje de sainete, incapaz de volver de su *apoteosis*.

Todas las creencias, sean las que fueren, merecennos, cuando son sinceras, profundo respeto. O, para esclarecer este punto, nos merecen respeto las personas que profesan las creencias;

que, en cuanto á las doctrinas, el respeto que merezcan ha de medirse por su calidad. En todo caso, nada está más léjos de nuestro ánimo que el escarnecer, como dice el Código, lo que de buena fé crean los creyentes. Cuando digamos sobre esta especie de providencialismo de que ahora tanto se abusa por los doctores láicos, no ha de pasar de una exposición sincera de las dudas que nos asaltan.

Así, por ejemplo, ante el providencialismo de Pereda, nuestra razón profana formula al punto el siguiente raciocinio: si Dios pudo impedir que Santander fuese en aquel infausto día pasto de las llamas ¿cómo no impidió que el *Machichaco* hiciese explosión? Si Dios no quiso impedir que el *Machichaco* explotara, ¿por qué le plugo estorbar la propagación del incendio? ¿Se dirá que Dios no nos debe cuenta de sus resoluciones, que nuestra razón no alcanza á comprenderlas, y que sus designios son para nosotros insondables? En hora buena; pero entonces, ¿de donde saca Pereda que fué su misericordia la que detuvo los progresos del incendio? ¿Es que el ilustre escritor forma parte de los consejos celestes, y para él son excrutables planes que constituyen un misterio para el resto de los mortales?

No es el insigne novelista santanderino el único entre los legos que pretenda constituirse en intérprete de la divina voluntad. Apenas si hay gacetillero tan humilde que no se estime asistido de ese excelso don y privilegio. ¿Se habla de un incendio devastador que casi ha devorado toda

una manzana? *Providencialmente*, nos dice el noticiero, pudo extinguirse el fuego antes que llegasen las llamas á la pirotecnia contigua. ¿Se da cuenta del estallido de una mina que ha costado la vida á setenta obreros? *Providencialmente* en el momento del siniestro acababan de salir quinientos. ¿Es un descarrilamiento en el cual treinta viajeros han perecido? *Providencialmente* quedaron sobre la vía cuatro coches en que iban noventa. Y así á este tenor. Conforme á tal sistema de esclarecimientos se pone en la cuenta de la Providencia toda aquella suma de males que, pudiendo haber sucedido, no sucedieron. La Providencia, al decir de estos sus pretendidos secretarios, interviene en los desastres, no para impedir que se produzcan, sino para evitar solamente que pasen á mayores.

Pero y el mal que ha sido de hecho producido ¿en qué cuenta lo pondremos? Supongan ustedes que, invirtiendo los términos de que se sirve ordinariamente el noticierismo, redactáramos unas cuantas noticias en la forma siguiente: «El coche que hace el servicio de Madrid á Chinchón se despeñó ayer *providencialmente* por un barranco, pereciendo el mayoral y todos los pasajeros;» ó bien: «En la calle tal, número tantos, se incendió anoche *providencialmente* una lámpara de petróleo que una niña llevaba en la mano, muriendo *abrasada* la infeliz criatura;» ó en fin: «Estando *providencialmente* dormido el guarda agujas de la estación H, llegó el expreso de Francia que fué á chocar con el correo ascendente; el siniestro ha



producido gran número de muertos y heridos.» De fijo que no hay persona medianamente piadosa que deje de tener por impía semejante redacción. De donde debe inferirse que, en opinión de los providencialistas, los males y desgracias que se producen en la vida no son imputables, por regla general á la Divina Providencia.

Pero ¿á quién? En los remotos albores de las concepciones religiosas el mal y el bien aparecen encarnados en dos principios antitéticos, contradictorios, irreductibles, que, iguales en fuerza y en poder, se disputan con títulos equivalentes el imperio de la vida. Eso son el Shiva y el Wischnú de los indios y, de una manera más patente, el Tiphón y Osiris del viejo Egipto y el Ormutz y Ahrimanes de los persas. El cristianismo tiene también su encarnación del mal. Mas, establecido el principio de la unidad en el gobierno del mundo, reivindicada para Dios la soberanía, el elemento satánico va perdiendo su grandeza primitiva hasta quedar reducido al pobre diablo de la leyenda místico-cristiana, tentador de devotas, espanto de viejas, deleite de brujas; entrometido, chismoso, enredador, esclavo del conjuro, súbdito del agua bendita; habitador del cuerpo de mujeres histéricas y monarcas endemoniados, tan cuitado y bobalicón, que no existe pecador, por poco astuto que sea, que no rompa con él sus compromisos y salga libre de sus garras. Solo el maniqueismo pretende restaurar en el mundo cristiano la antigua majestad satánica. Para el ortodoxo, Satán nada puede sin permisión de

Dios. Por eso el principio del mal ya no explica el mal, las abominaciones de la vida carecen de editor responsable, y no hay entre los modernos quien atribuya á ese Tiphón degenerado las pestes, las hambres, las guerras, los incendios, las inundaciones, los malos gobiernos canovistas ó sagastinos, ni aun las individuales desventuras y los privados accidentes.

Solo estos escritores piadosos, estos *reporters* providencialistas, parecen aún sostener más ó menos conscientemente, tal doctrina. Porque en verdad, si la Providencia no engendra el mal, fuerza es que alguien le engendre. No resulta lógico suponer que el Dios que en su misericordia calma el viento para impedir, según Pereda, la destrucción de Santander, sea el que ocasionó el incendio. Lo propio cabe decir de todas las noticias periodísticas de que antes se ha hecho mérito. En sentir de sus autores, *providencialmente* no acaeció en tales ocasiones todo el mal que, á no mediar la Providencia, pudo haber acaecido. Luego, ese mal que acaeció, á otra causa que no á la voluntad divina debe, según los tales comentaristas, serle imputado.

Duro es para los humanos ser, como parece patentizarlo los hechos, juguetes y esclavos de las fuerzas ciegas, fatales de la naturaleza que, en su brutal inconsciencia, disponen de sus destinos. Hay en esta sumisión absoluta de la inteligencia á la fuerza, de lo conscio á lo inconscio, de lo superior á lo inferior, algo de monstruoso que ofende juntamente al sentimiento y al juicio.

Quien pueda persuadirse de que esta esclavitud del hombre respecto de la naturaleza es una mera apariencia, de que la razón gobierna al mundo y de que la vida, tal como ella es, se halla regida por una voluntad reflexiva, vaya en hora buena. Bienaventurado él si de tal suerte logra resolver á su satisfacción el eterno problema del origen del mal. Ampárele la teología y exclarezca á sus ojos las negruras del hondo arcano. Pero, por todo lo que hay de más sagrado, que los definidores dogmáticos, valiéndose de su autoridad, pongan tiento en las mentes y en las manos de estos teólogos literarios y periodísticos que hablan todos los días de la Providencia como de una persona de su especial conocimiento y se permiten excrutar sus designios á propósito de cada suceso de actualidad, con riesgo de resucitar en nuestros días el error de los maniqueos.



---

## RÉPLICA <sup>(1)</sup>

---

No cabe que, tratándose del bien ó del mal de la vida, el enfermo persuada al sano, el triste al alegre, el desgraciado al venturoso. Fuere ello posible y no sería de desear. A este título pude esquivar el dar contestación al hermoso artículo en que el Sr. Cazalla impugnó en *La Antorcha Valentina* las apreciaciones de uno de los míos publicado en *El Mercantil*. Védamelo la cortesía. Ni por su forma ni por su fondo merece el trabajo del Sr. Cazalla que á él se replique con el desabrimiento del silencio.

No es en el caso presente un tópico retórico el decir que al contestar al artículo del Sr. Cazalla cumplo, aunque tarde, un mero deber de cortesía. Entre el Sr. Cazalla y yo no existe en realidad materia de polémica. Positivista entusiasta, el Sr. Cazalla comulga en las doctrinas de la novísima filosofía. Idealista desengañado, yo nada

---

(1) A pesar de tratarse de un trabajo de polémica no necesita éste explicación alguna previa por resultar claramente de su contenido el asunto de la controversia.

niego de cuanto el Sr. Cazalla afirma. ¿En qué, pues, diferimos? En que el Sr. Cazalla acepta con satisfacción las consecuencias de lo que cree, en tanto que yo profundamente las repugno. Esto es todo. La situación suya es de un espíritu sano: la mía la de un espíritu enfermo. He aquí cuanto el Sr. Cazalla puede probar contra mí. ¿Y cómo hemos de discutir cuando yo mismo empiezo por reconocerlo?

Lo que sí quisiera dejar bien sentado es que en esta clase de materias la salud es la excepción y la dolencia la regla. ¡Bienaventurados los espíritus impasibles que aceptan serenamente la verdad sin cuidarse de los efectos! El mío no es de ese número. El ilustre Max Nordau, autor de *Degeneración*, el insigne Pompeyo Gener, autor de *Literaturas malsanas*, no vacilarían en clasificarle en el grupo de los desequilibrados que ellos relegan al hospital ó al manicomio. Pero hay que reconocer que, á tenor del diagnóstico de estos doctores, no son solo los Nietzsche, los Wagner, los Zola, los Verlaine, los Ibsen, los Pelladan, es la humanidad entera, en todo el curso de la historia, la humanidad, con sus creencias fantásticas, sus ilusiones, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, sus contradicciones, la que ha adolecido de insania. Ante los fallos de la Psiquiatría contemporánea pocos pueden blasonar de cuerdos. Para declarar loca de remate á la especie humana bastará que alguien se tome el trabajo de aplicar al vulgo el sistema de crítica que Lombroso ha aplicado al genio.

Ya ve el Sr. Cazalla que á título de inconsecuente voy, si no en buena, al menos en numerosa compañía. La razón de esta vesanía universal no puede ser más patente. El conocimiento de los hechos no es de nuestros días. La realidad efectiva, en lo que tiene de fundamental, ha estado siempre presente á la conciencia humana. Sin duda la ciencia positiva ha clasificado, metodizado, profundizado ese conocimiento, induciendo de él leyes admirables y maravillosas aplicaciones. No por eso la realidad viva ha dejado de ser un enigma á los ojos del pensamiento. Dar la clave de ese enigma fué el fin que se propusieron religiones y filosofías. Pretendiósese explicar lo visible por lo invisible, lo conocido por lo ignorado. El positivismo moderno no resuelve el problema, lo suprime. Dificilmente ha de resignarse la humanidad á abandonar su propósito de alzar el velo de la Isis bajo el cual se oculta el secreto de su destino.

Cierto que Spencer deja subsistente, sobre todas las realidades sensibles, el grande, el incomprendible misterio. Con eso cree haber señalado las verdaderas relaciones entre la ciencia y la religión y dado suficiente pasto á los apetitos del espíritu especulativo. ¿A quién puede satisfacer tan artificiosa solución? Dejar á la fe el dominio de lo que no se puede concebir ¿es otra cosa que dejarle el campo del absurdo y la libertad del dislate? ¿Y cabe imaginar condición más desdichada que la del ser pensante, capaz de vislumbrar el gran misterio de la realidad, impotente

para penetrarlo; nuevo Tántalo de la verdad que se le ofrece y se le rehusa á un tiempo mismo? Así los positivistas ulteriores, Nordau entre ellos, desechan el gran misterio spenceriano como un resabio metafísico, afirmando que el mundo sensible tiene en su abono una razón perentoria: es porque sí.

De que es no nos cabe duda; en el *por qué*, ahí está el *busilis*. Nunca ha habido utopia tan vana é insensata como la de la desinteresada investigación de la verdad. Si el mal no hubiese existido en el mundo, jamás la religión ni la metafísica hubieran brotado en la mente. La realidad habría aparecido al pensamiento suficientemente explicada por su intrínseca bondad. Toda especulación es en el fondo una indagación del origen del mal, ¿Por qué la injusticia? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué el desorden? ¿Por qué la muerte? Cuando juzgamos investigar desapasionadamente la naturaleza de las cosas, son las miserias de nuestra propia condición las que tenemos presentes. Dogmas y sistemas quisieron dar á esas preguntas respuestas que pecan de arbitrarias ó de pueriles. El «pues ahí verá usted» del positivismo no puede satisfacer más que ellas.

Y no es que el positivismo, aun aquel que más presume de crítico, carezca de su metafísica. En imaginárselo consiste precisamente su gran error y su gran vanidad. Aun siendo solo en la intención, un sistema lógico implica una concepción general del mundo. Y esa concepción es la que, con parecer real, á mí se me antoja monstruosa.

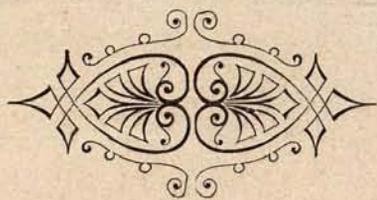
Al «motor inmóvil» de Aristóteles, sustituye en el origen de las cosas, la condensación inexplicada de la nebulosa primitiva. Al Dios tradicional sucede la Naturaleza, madre y madrastra, libertadora y tirana, Siva y Vischnú, Ormuz y Ahrimanes, poder ciego, fatal, inconsciente, extraño á la justicia, ajeno á la moralidad, sordo á la queja, incapaz de conmiseración, dispensador indiferente del placer y del dolor, reina de la vida y diosa de la muerte. Al supuesto gobierno de la inteligencia reemplaza el imperio de la fuerza. A la razón humana, aunque limitada, universal é infalible, suplanta el conocimiento experimental impotente para penetrar en la esencia de las cosas, en el *noumenos* de Kant, ceñido á los fenómenos, encerrado en la esfera de lo relativo, limitado á la tarea de edificar, sobre los datos sensibles, hipótesis en forma de teorías, que son á modo de verdades provisionales é interinas. El soñado orden universal se ve destronado por las brutalidades de la lucha por la existencia, la justicia por la fatalidad, la libertad moral por el determinismo, la sanción por la indiferencia y la esperanza por la muerte. Esto constituye, sin duda alguna, una metafísica, pero una metafísica que no explica lo que hay en la realidad de incompatible con la razón y de contradictorio con la idea.

Todas esas podrán ser verdades; si lo son, yo las tengo por amargas. Nada hay á mis ojos tan incomprendible como la profunda fruición, el íntimo júbilo con que los sabios modernos acogen

toda observación ó descubrimiento encaminado á demostrar la humildad extrema de la humana condición. Justo es que aceptemos austeramente las enseñanzas de la realidad, sacrificándolas sin vacilar los insensatos espejismos de nuestro orgullo. Que nos holguemos de nuestra humillación y nos regocijemos de nuestra nada, eso me parece insensato. A tan triste verdad no he de rehusar el asentimiento de la mente, pero sí los fervores del apostolado. No me sería posible prestar á su propagación ese concurso, cuyo valor usted, Sr. Cazalla, tan bondadosamente exagera. Los sanos, los fuertes, los triunfadores en la lucha de la vida, podrán satisfacerse con tales principios. Nunca ellos constituirán la fe de los pobres, de los humildes, de los desengañados, de los infortunados, de los enfermos, que constituyen, á buena cuenta, las nueve décimas partes de los humanos. Que no sea yo quien arrebate á estos tales la ilusión que puede hacerles tolerable el dolor y soportable la vida. En la cohorte de la ciencia no me toca figurar como adalid, sino como prisionero. En el combate del pensamiento, como en el de la existencia, yo pertenezco á los vencidos.

No hay volver atrás. Aun supuesto que ello fuese deseable, sería imposible. Ni el río retrocede á sus fuentes, ni el adulto regresa á la infancia, ni los muertos tornan á la vida. La falsa reacción idealista, ese movimiento de retrogradación, semejante, más que á un proceso normal, al brusco é instintivo retroceso de quien se aso-

mara á un abismo, ha sido y está siendo un gran fracaso. El triunfo positivista es un hecho. No vemos más, no sabemos más, ni siquiera presentimos otra cosa. Si ello es la verdad, á ello la humanidad habrá de someterse. Pero sobre la tumba de ese Dios muerto, sobre las ruinas del solio de esa humanidad destronada, sobre la frente de ese hombre infeliz, fruto del azar de la selección, juguete de un destino inflexible, condenado tras penosa vida de privaciones, de dolores, de afanes, de desengaños, á perdurable anonadamiento, yo, romántico impenitente, Jeremías de la ilusión, enfermo de la gran neurosis de lo pasado, convertido por la ciencia moderna á la vieja contemplación mística de la inmensa nada de las cosas, grabaría de buen grado, como síntesis de toda humana existencia, el melancólico apotegma del Eclesiastés: «Vanidad de vanidades; todo vanidad,»





---

## LA REACCIÓN MÍSTICA

---

Más que como acontecimiento literario, merece atención el *Nazarín* de Galdós como hecho psicológico. Es una manifestación más del viento de retrogradación mística que sopla en los espíritus. En todo tiempo ha preocupado preferentemente al autor el problema religioso. Pero la solución, que aparece indecisa y como velada en *Gloria*, en *Doña Perfecta*, en *León Roch*, y que apenas se dibuja en el final de *Torquemada*, se concreta en *Nazarín*, en el sentido de una especie de regresión á las prácticas del cristianismo primitivo, en algo así como una renovación de lo que se llamó un día el Evangelio eterno, con extravagancias á lo Tolstoi y dejos que recuerdan el abortado movimiento de los viejos católicos.

Era inevitable. El conato ya frustrado de reacción político-religiosa que ha hecho titubear por un momento al espíritu europeo, tenía que repercutir entre nosotros con el consabido retraso. En la esfera de los hechos la reacción viene manifestándose pujante y triunfadora en estos últimos

años. La comedia de la llamada peregrinación obrera, los clamores elevados en el Parlamento por los prelados en defensa de una especie de restauración del Santo Oficio, los conatos de convertir en deber legal la santificación del domingo, las manifestaciones anticlericales vedadas con infracción de las leyes, los catedráticos empapelados á pretexto de enseñar, ya una historia heterodoxa, ya una gimnasia herética; la persecución de la prensa librepensadora, ejercida por una sociedad de fiscales de afición y moralistas *dilettantis*, el establecimiento en los Institutos de la teología elemental, la honda agitación del caduco legitimismo, son de ello pruebas concluyentes.

Los síntomas más graves hay que buscarlos en la otra banda. Están en el desfallecimiento del espíritu liberal que riñera un día con el clericalismo tan rudas campañas. Están en la costumbre que ha llegado á acreditar la singular especie de que es de mal gusto decir y propagar lo que se piensa en materias religiosas. Están en ese espíritu farisaico que se escandaliza sin fe. Están en la flaqueza de esa prensa democrática que, atenta á seguir la moda, hace á todo propósito el reclamo de los eternos enemigos de la libertad. Están, sobre todo, en la gran postración de los espíritus cultivados, defensores un tiempo de los fueros de la razón, enfermos hoy de una degeneración místico-romántica, poetas, críticos, literatos, pensadores, publicistas, que vuelven á lo pasado como Pascal y Donoso, por espanto

del porvenir, no para mostrar las energías de una fe robusta, sino para entregarse en brazos de un vago sentimentalismo trascendental, sin vigor y sin consistencia.

A esos, que no á la gran masa de los mortales, habituados á tomar elaborado por manos ajenas el pan del espíritu, es á los que hay derecho para pedir cuentas de su actitud. Ellos son los que verdaderamente retrogradan. Los corifeos del reaccionarismo activo y militante, no hacen sino aprovechar ~~actualmente~~ la ocasión que se les de- *astutamente* para. En el vulgo de los creyentes se manifestará apenas la reacción por un recrudescimiento en sus fáciles devociones. El fenómeno regresivo, atávico, se opera en el fondo de esas conciencias cultivadas, pensadoras, que, tras haber sacudido la servidumbre de la autoridad y roto las cadenas de la tradición regresan voluntariamente al yugo de la rutina, aterradas en presencia de las conclusiones escuetas del moderno positivismo, á modo de cautivos que busquen de nuevo en la apenas abandonada cárcel un asilo seguro, aunque sombrío, contra las inclemencias é intemperies de la libertad.

¡Ah, bienhadado el espíritu fuerte que no se halle, en los tiempos que corren, más ó menos contagiado de esa flaqueza! Nadie abomina tanto como el que esto escribe de las desoladoras doctrinas del naturalismo triunfante. La fuerza suplantando á la razón en el origen de las cosas; la ciega fatalidad dueña y soberana del mundo; el pensamiento derrocado del trono de la verdad y

reducido á una máquina de hacer hipótesis; la libertad moral sustituida por un determinismo inexorable que decreta desde la eternidad el destino de cada ser en la concatenación necesaria de las causas; la humanidad despeñada desde el solio de sus arrogancias al insondable abismo de su propio menosprecio; el orden universal transformado en implacable, universal combate; la justicia reducida á la condición humilde de mera convención humana; la muerte alimentando á la vida; el bien y el mal igualados ante la suprema indiferencia del todo; la existencia individual fulgurando como un relámpago entre la nada que fué y la nada que será; el mal irreparable, el dolor estéril, la iniquidad impune, la violencia justificada y la esperanza muerta; y dominando desde los limbos de lo incognoscible, ese infinito campo de batalla de los seres, el sumo misterio, el enigma insondable, el arcano absoluto, el dios X de la teología spenceriana, sér malicioso que se rehusa y se ofrece á la vez al pensamiento, con el sarcasmo cruel de un acertijo indescifrable. ¡Terrible concepción del mundo y de la realidad esta á que nos reduce la bancarrota de los marchitos idealismos!

Mas, antes de retroceder en presencia de ese abismo, importa saber á donde retrocedemos. ¿Es acaso superior el concepto de la vida que el dictado de nuestra razón nos ha obligado á abandonar? ¿Nos arrancaremos los ojos para no ver, solo porque no nos place lo que vemos? ¿Regresaremos á la infancia por evitar las decepciones

de la edad madura? ¿Es eso razonable? ¿Es eso posible? Los desertores de la tradición, los desengañados de la fe, los desheredados de la gracia, ¿se imaginan sinceramente que van á renacer en sus almas, al simple conjuro de su voluntad, las creencias que fueron? ¿Tienen el poder de autosugerirse á su antojo? ¿Darán de nuevo crédito á dogmas, misterios, milagros, los que *reflexivamente* hayan dejado una vez de creer en ellos? El desengaño de las ideas ¿es más reparable que el desengaño de los hombres? ¿Resucitan los muertos del alma? ¿Juzgan esos descreídos que van á rehacer á su antojo la fe que en ellos se extingió y que no tienen sino quererlo para asentir nuevamente á la redención, la eucaristía, el don de milagros, la predestinación, la gracia santificante, la resurrección de la carne, el juicio final, el infierno y los tormentos perdurables?

¿O sueñan acaso con un neocristianismo hecho á su medida? ¿Se forjan la ilusión de una especie de compromiso entre el descreimiento y la fe? ¿Creen que cabe entre el sí y el nó una amigable componenda? ¿Se figuran que la Iglesia va á soltar en medio del camino la impedimenta de la tradición? ¿Fantasean un catolicismo sin dogmas? ¿Se finjen una religión tradicional donde el *haber* del sentimiento no pase al *debe* de la razón? ¿Esperan ver al Padre Santo de Roma transformado en gran sacerdote del Dios mondo y lirondo del pensamiento especulativo, del principio absoluto de las cosas, según la vieja metafísica del Ser Supremo del deísmo racionalista, de la Isis ne-

bulosa del antiguo Egipto, del hado de la Grecia pagana, del *Deus ignotus* de la Roma decadente, de esa vaga encarnación de lo absoluto, relegada por el positivismo de Spencer á las insondables regiones de un incognoscible eterno?

Dejemos que Castelar vaya á oír misa devotamente, armado de sendo devocionario, tras haber puesto al Dios del Sinaí como chupa de dómine. Solo los espíritus ligeros, superficiales, femeninos y allá en el fondo excépticos é indiferentes, pueden forjarse así la ilusión de que creen lo que les gusta. La mente viril ha de profesar lo que estima verdad, plázcale ó no y bien ó mal de su grado. De que el alma esté necesitada de una creencia no se sigue que la tenga á mano, como no se sigue que poseamos mil duros<sup>de</sup> que nos hagan falta. Nada tan peregrino como la pretensión de aquel sacerdote del *Lourdes* de Zola que, en el paroxismo de su amor humano, pide con mucha necesidad una religión nueva, adaptada á las necesidades espirituales de nuestro tiempo, como pudiera encargarse un pár de botas.

Aspiraciones á un más allá, sed generosa de ideales, protesta contra la ciega brutalidad de los hechos, anhelo de concebir un orden supremo del mundo, reparación ansiada de la injusticia, compensación equitativa del mal, amparo demandado en las grandes tribulaciones de la vida, resistencia insuperable á juzgar á la realidad tan pobre, tan indigente, tan menguada como nos la ofrece la experiencia; todo eso hay en el sentimiento sincero que preside á la reacción mística

en el corazón de los buenos. Solo que equivocan el camino. Si la satisfacción de esas ansias no se encuentra delante de nosotros, seguramente no está detrás. El pensamiento humano no ha dicho aún su última palabra. ¿Quién sabe? Acaso sea la ciencia quien endulce las amarguras de la ciencia. Trabajemos. No hay sino el porvenir que tenga para nosotros esperanzas. Lo pasado, pasó. Nada nos aguarda en la nada de lo que fué.

